



Las víboras en la medicina antigua: un caso real de aplicación (fallida)

Damián Porto Rico

damianportonaturgalicia@gmail.com

Resumen. Mucho se ha escrito ya sobre la historia de la estupidez humana en que deviene casi toda la historia universal: prácticamente desde que comenzamos nuestra carrera de primates hacia la autodestrucción, no ha transcurrido periodo alguno en el que no atentásemos contra nuestra especie y las demás de forma creativa. En este año de pandemia, cuando nos enfrentamos a una crisis epidemiológica que nos pone ante perspectivas novedosas que se suman a la amenaza misma de la muerte –como es la de la pérdida de la(s) libertad(des)– cabe plantearse si las generaciones futuras verán en nuestro pretendido conocimiento actual de las diversas (y supuestas) ciencias una fuente de inspiración o de hilaridad.

Abstract. Much has already been written about the history of the human stupidity, found in almost the whole world history: since we were primates and started the race to self-destruction, there has not practically been any period in which we had not creatively threatened our own species as well as others. This year of pandemic, when we are facing an epidemiological crisis which shows us new perspectives and even the threat of death, such as the loss of rights, it is necessary to consider if the future generations will understand our so-called current knowledge about the several (and supposed) sciences as a source of inspiration or hilarity.

La triaca, panacea del mundo desde la Antigüedad hasta ayer mismo

Fue el poeta Nicandro de Colofón, en el siglo II a. C., quien tituló *Theriakà* a una de sus obras, dedicada a los animales venenosos, sus mordeduras y los remedios más eficaces contra ellas.

Sebastián de Covarrubias definía la triaca en el siglo XVII como un

medicamento eficacísimo, compuesto de muchos simples, y lo que es de admirar, los mas dellos venenosos, que remedia los que están emponçoñados con qualquier género de veneno; dixose de el nombre griego therion, bestia venenosa, y por excelencia la vívora, o por ser remedio contra las tales, o porque de sus mesmas carnes se haze esta composición, como está dicho, para remedio (Covarrubias: 1611).

La larga y curiosa historia de este fármaco parte del rey Mitríades (o Mitrídates) VI Eupátor (132-63 a. C.), soberano del Ponto

(entorno de la península de Anatolia y el Mar Negro), llamado el Grande. Monarca genocida, fratricida, matricida, filicida e incestuoso (paradigma aun así de otros gobernantes coetáneos), tras ver como su padre moría envenenado y acceder al trono se procuró un formidable enemigo: el Imperio Romano. Fueron necesarios tres generales de la República (Sila, Lúculo y Pompeyo) y más de treinta años de guerras para vencerlo y a él se deben las primeras referencias escritas al uso de armas químicas de guerra: algunas devastadoras a base de la abundante nafta de sus posesiones y otras mucho más sutiles elaboradas con miel venenosa de flores de rododendro, mediante la que eliminó a un millar de legionarios romanos.

Las novelescas leyendas forjadas con el devenir de los siglos refieren que Mitridates pasó siete años retirado de la corte e inmunizándose contra posibles envenenamientos: así ha heredado nuestro léxico culto el término *mitridatismo* para designar la invulnerabilidad a los tóxicos que este rey cultivó a fuerza de administrarse cantidades no letales de diversos venenos para que su cuerpo desarrollase una amplia tolerancia a los mismos y mantenerse así a salvo de los frecuentes intentos de asesinato imperantes en las monarquías de toda época. Sus contemporáneos hablan al respecto de su

segunda corte, maloliente, formada por hechiceros asiáticos, augures sucios y sacerdotes de dioses olvidados; y a todos estos tenía respeto y temor en el fondo de su corazón, aunque de cuando en vez ahorcase a alguno: y era porque ellos tenían virtudes negras inaprensibles.

Pero su afición al estudio de la toxicología –aunque inducida por la necesidad– debe ser de lo poco indiscutible de su vida: derrotado por los romanos e imposibilitado para envenenarse debido a su cultivada invulnerabilidad, hubo de pedir a uno de sus guardias que le diese muerte mediante espada (Apiano: 1980). En su palacio se hallaron una serie de notas que Pompeyo hizo traducir al latín y de las que resultó lo que parecía un antídoto universal compuesto por sustancias vegetales, animales y minerales. Un *Diccionario de Medicina y de Cirugía Prácticas* del siglo XIX refiere de modo sucinto la historia de los orígenes de la triaca:

Electuario opiado polifármaco (triacá de Andrómaco). El origen de esta composición es sumamente antiguo. Mitridates, rey del Ponto, fue su primer inven-

tor; por lo menos, parece que, temiendo siempre ser envenenado, hizo componer para su uso un antídoto, cuya fórmula cayó en manos de Pompeyo, quien encargó al médico Demócrates escribirla en versos hexámetros bajo el nombre de mitridates. Más de un siglo después hizo Nerón perfeccionar el mitridates por Andrómaco, su médico, y este dio de él una nueva descripción en versos elegiacos, bajo el nombre de galeno, que quiere decir calmante. Posteriormente se encontró descrito el mismo electuario en una obra de Galeno bajo el nombre de triaca, título de un antiguo poema griego de Nicandro; este último nombre es el que ha conservado [...]. Esta fórmula lleva también los trociscos de escila, de víboras y de Hedicroy. Sobre la eficacia de esta fórmula, llamada también Triaca Magna [...] (Andral: 1844).

Llegados a este punto podemos plantearnos la cuestión de cómo entraron las víboras en el preparado: hay otro relato antiguo sin verificar que cuenta como durante una de las guerras que Roma sostuvo con Cartago, Aníbal usó en una batalla naval la estrategia de hacer lanzar por sus marineros grandes ollas llenas de serpientes venenosas antes de abordar a los barcos enemigos, para que cundiese el pánico entre ellos. Y fue esa la ocasión en la que el emperador encargó a Andrómaco un método para contrarrestar tales ataques: así se incluiría el agente ofensivo en el arsenal defensivo y pudiera ser el hecho que sentase precedente para la inclusión de carne de serpiente en la triaca. Porque si eran capaces de resistir su propio veneno (temible en aquellos tiempos de incipiente conquista agraria y silvícola y escasos remedios médicos), su carne debía poseer cualidades especiales.

Fue el citado Andrómaco, médico de Nerón, quien empezó a sumar ingredientes para tratar de incrementar la potencia de la fórmula que los soldados de Pompeyo habían descubierto en el palacio de Mitrídates. Como el recetario original del rey centroasiático se perdió junto a la traducción latina, no sabemos el número de sustancias de que se componía; pero entre los antídotos de médicos de la Antigüedad citados por Gilbert Watson hay preparaciones con más de 100 ingredientes (Watson: 1966). Parece que Andrómaco tomó la treintena que pasaba por ser la receta original, añadió varios más, aumentó la dosis de opio del compuesto y sustituyó el saurio *Scincus officinalis* del mitridato por la serpiente. Anunció su pócima mediante un poema al que tituló *galené*, que en griego significa *tranquilidad*, inspirado tal vez por los efectos sedantes del alto

contenido en opio. Más tarde pasó a denominarse *triacca* (González Crussí: 2014).

Resulta curioso el hecho de que hasta el momento no se haya hablado de víboras, sino de serpientes: de haber existido una referencia específica en griego apropiada a la víbora podría haber sido la palabra *echidna* y no *therion*, que propiamente significa *bestia*. Quizás el fundamento terapéutico se infringiese del potencial carácter venenoso de toda culebra y, de acuerdo con los principios de la homeopatía establecidos por Galeno (*similia similibus curantur*: lo similar cura a lo similar) y desarrollados siglos después por S. Hahnemann, un veneno podría ser neutralizado por otro. Sobre este particular y sobre la identificación entre serpiente y víbora en la triaca es reveladora la obra del doctor Domingo Guillén, que contempla incluso la posibilidad de que el término se refiriese a un tipo de ofidio (*thirus*) que entraba en la formulación original del fármaco. Pero Juan Bustamante de la Cámara, catedrático de Medicina de Alcalá en el siglo XVI, ya tenía claro «que la alma, virtud, y fuerza de la Triaca es la carne de las víboras». (Guillén: 1724). Y de este modo las tenemos formando parte de diversas pócimas, bálsamos, aceites, sopas y mitridatos que coparían el mercado farmacéutico de las siguientes centurias: brebajes de muy dudosa utilidad medicinal que llegaban a contener (caso de la triaca) más de cien ingredientes, además de la carne de víbora: coral, opio, arcillas, glándulas olorosas de castor... . Sometidos a veces a prolongadas fermentaciones y en los que se procuraba contrarrestar con generosas cantidades de vino y miel el mal trance que supondría su ingestión: entre las páginas 263 y 265 de la *Pharmacopoeia matritensis* de 1762 figura –inserta en los electuarios o confecciones opiáceas– la fórmula de la triaca (*Theriaca magna Collegii Regalis Pharmacopolarum Matritensis*) con sesenta y cinco ingredientes encabezados por cuarenta y ocho libras de trociscos de cebolla albarrana y veinticuatro de víbora.

Porque a lo largo de la Edad Media había persistido en toda Europa el interés por los venenos, sus antídotos y –cómo no– por las serpientes, identificadas en el ideario de la época con el pecado, del mismo modo que su ponzoña personificaba el mal. Así pasó la triaca a ser sinónimo de virtud y redención, comparándola algunos esco-



Vipera Seoanei, víbora de Seoane.

lásticos con la sangre de Cristo como remedio para los venenos espirituales, cristianizándose en este esquema intelectual y consiguiendo un estatuto casi sagrado por vía alegórica (Puerto Sarmiento: 2009). A ello contribuyeron innumerables autores: fray Juan Gil de Zamora, Tomás de Cantimpré, Arnau de Vilanova, Pietro d'Abano... . Aunque también en el mundo árabe y oriental la triaca cobró fama de panacea, apareciendo tanto en Maimónides y Averroes como en los más populares cuentos de *Las mil y una noches*.

Por supuesto, adquirieron sus componentes más exóticos y raros un notorio valor, dando lugar a compañías de herbolarios, drogueros y boticarios que traficaron con ellos durante un periodo áureo comprendido entre los siglos XVI y XVIII: sin el privilegio de la preparación de la triaca no existiría el Colegio de Boticarios de Madrid; y en Gran Bretaña el Colegio de Médicos de Londres vigilaba su elaboración (siempre pública y rodeada de ceremoniales) según la fórmula de Andrómaco desde comienzos del siglo XVI. La historia de este pseudofármaco lo es también de un inmenso negocio basado en los anhelos del ser humano por vencer a las enfermedades: una materialización de la esperanza de la que se aprovecharon especieros y traficantes.



Grabado del siglo xvi.

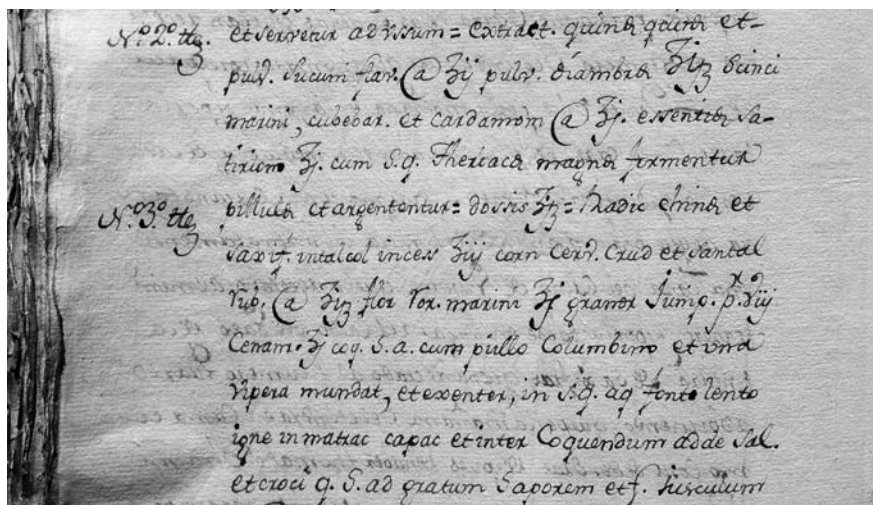
Con el Renacimiento y el redescubrimiento de la Antigüedad, los tratados referidos a la triaca y –por simpatía– a los venenos se multiplicaron, sobre todo en Italia (Fernando Ponzetti, Girolamo della Torre, Pietro Carrerio, Giovanni Martino de Ferrari da Parma, Pier Andrea Mattioli, Girolamo Mercuriali, Baptista Massa, Alessandro Benedetti, Bartolomeo Maranta, Guglielmo Gratarolo...), península en la que el envenenamiento había alcanzado tintes artísticos y en la que permanece ligado aún hoy a apellidos como Sforza, Borgia o Medici. Allí las ciudades de Padua, Génova, Bolonia, Nápoles o Milán competían con Venecia en un chauvinismo enconado por poseer la mejor triaca. Pero fue esta última urbe la que las aventajó a todas: no en vano sus gobernantes llegaron a estipular tarifas fijas con los envenenadores profesionales. Además, la capital del Véneto era geográficamente ideal para dominar el mercado de ingredientes de procedencia oriental (opio, mirra, canela, incienso, azafrán, goma arábiga, pimienta, betún de Judea, costo arábigo...).

Durante el Barroco el empleo de carne de víbora se acrecentó en la misma medida que sus supuestos efectos beneficiosos sobre el organismo: Francesco Redi nos cuenta como un hombre aquejado

de fiebres desayunaba con polvos de víbora, comía una menestra de pan con caldo viperino aderezado con corazón y carne de la misma serpiente, ayudándose con un vino en el que se había ahogado una víbora; llegada la media tarde tomaba un licuado conseguido a partir de carne de víbora; y para cenar repetía lo mismo que al mediodía (Redi: 1664). El médico italiano Carlo Panicelli comercializaba en el siglo XVII un contraveneno en forma de píldoras elaboradas con carne deshidratada de víboras que –como buena panacea– también prolongaba la juventud y finiquitaba cualquier mal, promocionándolo mediante su *Trattato de gl'effetti maravigliosi delle carni di vipere, per conservare il corpo sano, e sicuro da veleni, prolongar la gioventù, ritardar la vecchiezza, liberare da molti mali incurabili, con altri mirabili effetti* (Panicelli: 1630). Y trescientos años después los libros de Farmacia aún mencionaban con reverencia la triaca de Andrómaco (en latín *Theriaca Andromachi* según rezaban los albarelos de porcelana de las farmacias antiguas) ya que su fama no se extinguió hasta el siglo XX: aunque en la *Farmacopea de Edimburgo* y en la *Farmacopea Inglesa* triacas y mitridatos desaparecieron en la segunda mitad del XVIII (sin duda fruto de la labor en su contra del doctor William Heberden y de una ideología protestante menos conservadora que la católica continental), en Bolonia se preparó hasta 1796, en Venecia hasta la mitad del siglo XIX, en Nápoles hasta 1906, en la *Farmacopea Francesa* perduró hasta el 1909 y el Colegio de Farmacéuticos de Madrid dejó de prepararlos en 1920, pero siguieron utilizándose en otros países europeos y americanos. Y quizás hubiese llegado a nuestros días de no ser por las disposiciones tomadas contra el opio en Occidente.

Con tal éxito, la diversificación de productos obtenidos de este reptil no se hizo esperar, y

el caldo de víbora, preconizado en las mismas circunstancias que la carne, se usaba además como restaurante en los casos de consunción, de extenuación senil, de tisis pulmonar, etc. La gelatina de víboras se administraba a cucharadas en los mismos casos. La grasa líquida contenida en el abdomen y llamada enjundia de víboras se empleaba interiormente contra las fiebres, las viruelas, etc., y al exterior como cosmético y principalmente como resolutivo en las enfermedades articulares de causa externa y de las afecciones nerviosas. Los tres productos farmacéuticos que da la víbora por destilación, llamados espíritu,



Fragmento del texto de la receta de triaca (s. XVIII).

aceite y sal de víboras; el hígado y corazón de víboras desecados, llamado bezoárdico animal, la hiel y las cabezas conservadas secas o en alcohol para hacer collares que servían como amuletos».

De los documentos conservados en Madrid, en el Archivo General de Palacio, se infiere también lo extendido de estos remedios en la Corte: Felipe V, a decir de sus biógrafos, llevaba siempre encima cantidad de tabaco y triaca. Medicamento este que se hacía extensible a sus monturas, como revelan las cuentas de maestros albéitares de las caballerizas de la reina. Y la esposa de Fernando VI, Bárbara de Braganza, ordenaba comprar víboras para mejorar su salud, por lo que la Real Botica debía estar surtida de ellas, incluso para cebo de las pollas que se consumían en palacio, ya que también se contemplaba la modalidad de alimentar a las aves del corral palatino con estos reptiles para después beneficiarse de los principios activos que pasarían a sus carnes. En el año 1700 se cifró en tres mil quinientos reales de vellón el importe dedicado a comprar reptiles, que llegaban principalmente de Ávila y Segovia.

Aún en 1846 era frecuente leer en bibliografía especializada que

antiguamente se hacía mucho uso en la medicina de la víbora, de sus diversas partes y de sus productos, pero en el día no hacen caso de ellos los médicos, más bien acaso por ideas reinantes que por la experiencia. La carne de víbora pasa-

ba en otro tiempo por sudorífica, alexifármaca, diurética, depurante, etc., y se elogiaba particularmente contra las enfermedades cutáneas rebeldes, las úlceras reputadas incurables, la sífilis, el escorbuto, etc., y reducida a polvo contra las afecciones malignas, pestilenciales, las viruelas de mal carácter, tos, reumatismos, la parálisis, etc. Este polvo o trocisco de víboras entraba en el orvietano, en los polvos de quelas de cangrejo y en la triaca (Fabre: 1846).

Calidad y captura de las víboras y preparación de productos

Aunque lo característico de la víbora era la multiplicidad de sustancias y efectos, fruto de una ciencia médica insegura que se decantaba por la pluralidad, la preparación de las diversas variantes era complicada y había discrepancias que iban desde discernir cuál era la mejor estación del año hasta cuáles eran los reptiles más apropiados, de qué lugares y cuándo debían ser capturados.

Porque habiéndose convertido la víbora en esencial, sin ella no cabía esperar efecto terapéutico y su selección no era tema baladí: Galeno afirmara que la mejor época para cazarlas era otoño, debiendo evitar el verano, porque las víboras no estaban en su mejor condición alimentaria y los productos obtenidos de ellas se conservaban con mayor dificultad. Preconizara además el empleo preferente de hembras no preñadas y la separación de las cabezas y de cuatro dedos de longitud del cuello y del final de la cola para evitar los envenenamientos; aunque este fue uno de los muchísimos motivos de discusión sobre el modo de preparar el fármaco a lo largo de los tiempos. Tampoco servían, en teoría, las capturadas durante el letargo o las que estaban demasiado gordas.

Como no eran simples que pudiera cultivarse en huerto de botica y la cría en cautividad se tenía por perniciosa debido al supuesto aumento de veneno en las víboras encerradas, entrada la primavera los cazadores de reptiles se echaban al monte usando diversos métodos: algunos dejaban sus ropas y se encomendaban a San Isidoro, quien afirmara siglos antes que las serpientes no se atrevían a morder a un hombre desnudo; otros usaban recipientes con vino, del que se suponía que las víboras eran amantes; había quien optaba por untarse las manos con vegetales de fuerte olor (artemisa, aro, melisa, orégano...) o con vino y excrementos de cabra... Aunque los me-

nos creativos preferían la tradicional caña con lazo corredizo. En las boticas casi siempre había un recipiente denominado *viborero* para conservarlas durante pequeños periodos de tiempo.

Y como es lógico suponer, este gran mercado produjo víctimas –aparte de las humanas– ya en el siglo XVI: en la Península Itálica las víboras más buscadas eran las denominadas *Colli Euganei* (de las Colinas Euganeas), que se extinguieron debido a la captura masiva (posiblemente se tratase de alguna subespecie véneta o variedad de *Vipera ammodytes* o de *Vipera aspis*), pasando después a cazarse las de otras colinas de Venecia y Verona.

En la península Ibérica acudían a Villafranca los boticarios valencianos (Valencia pasa por ser la primera de nuestras ciudades en las que se preparó triaca, puede que por influencia islámica) y recibían el nombre de *taleques* los vecinos de la localidad, ya que las introducían en taleguillas; en Castellfort llegó a regularse el precio por ejemplar y a los vecinos de la localidad se les llamaba *escurçons*.

El procedimiento de elaboración de los reptiles solía consistir en la confección de trociscos, formulación farmacéutica reemplazada hoy por polvos o comprimidos: se trataba de pastillas obtenidas de diferentes formas. Comenzaba como una receta de cocina: a grandes rasgos –y sin ánimo de incitar a la experimentación de la misma– era preciso cortar la cabeza y la cola de los animales desechando cuatro dedos de cuerpo por cada lado (excepto si se trataba de víboras pequeñas), desollarlas, eviscerarlas y limpiarlas para ponerlas a hervir en agua con eneldo y sal (que podía omitirse en caso de ser víboras de entornos marinos o secos) hasta que la carne estuviese cocida y llegando al hervor. Después se mezclaba la carne con pan y se obtenía una pasta que se secaba al sol en forma de rollos. Estos preparativos tenían lugar con mucha antelación a la elaboración pública de triaca, que era la que debía de otorgarle, con su puesta en escena y ceremonial, un poderoso efecto placebo y de sugestión psicológica: en París en 1683, en una preparación barroca conforme a la grandiosidad de la época, el apotecario real exhibió receptáculos con no menos de cincuenta y ocho docenas de víboras vivas, que todo el mundo podía examinar para cerciorarse de que eran de genuina procedencia italiana. En Lyon llegó a hacerse la ceremonia

tres veces por semana en la plaza pública. En Madrid asistía una representación del Protomedicato a inspeccionar los ingredientes, exponiéndolos al pueblo durante siete días. En Cataluña se hacía en la plaza de Sant Jaume...

Así, además de ser una defensa infalible contra los venenos, con este preparado podían solucionarse todos los males: curaba la ira, el asma, la tos, el adelgazamiento y pérdida de apetito (incluido el sexual), cólicos, lepra, gota, fiebres de todo tipo, disentería, asma, epilepsia, rabia, problemas auditivos, reumatismo, hemorroides, enfermedades venéreas, estimulaba el flujo menstrual, limpiaba hígado, bazo, vejiga y riñones, era adelgazante, alargaba la vida... incluso eliminaba las palpitaciones, la melancolía y *otras pasiones del alma*; de forma que *su obra parece más resurrección que remedio*.

Sobre discrepancias entre las distintas recetas, basta leer la consulta que médicos zaragozanos enviaron en 1724 al canciller de la Facultad de Medicina de la Universidad de Montpellier y médico de Luis XV, doctor François Chicoyneau:

¿Es mejor para preparar la triaca hacer cocer las víboras en sal y anís y resecarlas para preparar trociscos a base de pan, o secarlas y pulverizarlas?

Cuestión a la que el francés respondió

que ha sido costumbre entre nosotros, desde hace mucho, servirnos de víboras desecadas y reducidas a polvo (operación en la cual ayudan todos los profesores de la escuela); es opinión unánime de nosotros y de todos los farmacéuticos de Montpellier que este procedimiento, que por otra parte debemos a André-maco, es preferible a cualquier otro. Hay que basarse sobre todo en que esta sal de víbora (cuya virtud en esta preparación es de la primera importancia) se va enteramente en vapor cuando la cocción está por terminar. Otra cosa enteramente sucede cuando se emplean víboras desecadas y pulverizadas según la vieja costumbre que empleamos aquí, porque la sal volátil debe irse al aire con mayor lentitud y moderación. Pero conviene notar que hay que servirse de víboras secas recientemente desecadas, por temor de que, si se las deja añejar demasiado, la sal volátil pudiera irse, llevada por la humedad [...]. Es así que preferimos usarlas vivas, siendo el método recibido y aprobado desde antiguo.

Una aplicación práctica de caldo de víboras: crónica del fracaso médico de la triaca

Como acabamos de ver, no era la triaca medicamento asequible: no estamos ante un fármaco del que pudiese disponer cualquier enfermo, sino ante un preparado de elevado costo al que sólo podían acceder las clases más favorecidas y pudientes de la sociedad del llamado Antiguo Régimen. La triaca era el máximo exponente de la farmacéutica cara, reservada a nobles y burgueses acomodados, en posiciones que ilustran las relaciones hegemónicas y de inferioridad que se establecen históricamente entre grupos sociales en los procesos referidos a la salud, la enfermedad y la atención médica. Ahí tenemos todavía el aforismo popular que dice que *tres triacas tiene el viejo: la miel, el vino y el sueño*, indicativo de lo alejado que estaba este fármaco de las posibilidades económicas del *pueblo llano*.

Paradigmático pues es el caso que referiremos, extractado de una voluminosa causa (consta de dos mil ochocientas cuarenta y cinco hojas) sobre nulidad matrimonial entre don José Jacinto Taboada, señor de la Casa de Golmar en Santa María de Noceda (Pontevedra) y de las jurisdicciones de Cristimil y Porreiros, y doña María Montenegro Fonseca, que se desarrolló en diversas instancias jurídicas entre los años 1766 y 1781. Don José Jacinto descendía del linaje de los Taboada, que presumían de capillas y piedras heráldicas en varias iglesias de la comarca y que habían levantado en tierra de Deza el desaparecido castillo de Vilaboa (derruido tras la revuelta Irmandiña) y casas grandes (pazos) como los de Barrio, Beilás, Liñares, Cello, Bendoiro, Donfreán o Golmar. Es de los fondos producidos por esta última casa de donde proceden los datos del pleito que doña María interpuso a su marido por *impotencia de frialdad absoluta*: se habían casado en 1762, a punto de llegar él a los cuarenta años y ella a los veinte, y tras once meses sin consumar se solicitó el dictamen de dos de los mejores médicos de Santiago de Compostela: don Francisco de los Ríos, que lo era del Hospital Real de la ciudad, y don Pedro Gómez Bedoya, catedrático de Anatomía y Cirugía de la Universidad y autor de una muy celebrada *Historia universal de las fuentes minerales de España*. Ambos coincidieron en que *en el estado*



Fachada renacentista del pazo de Liñares (Lalín).

de lo que aquel padecía no era posible pudiese consumir el matrimonio, determinando impotencia en don José Jacinto.

La desconsolada esposa había declarado al doctor Bedoya

después de un copioso llanto [...] que vivía en la mayor confusión, tristeza y desasosiego de su conciencia, hallándose casada con un sujeto a su parecer incapaz de cumplir con los fines del matrimonio, pues desde la primera noche que había cohabitado y dormido en una misma cama con su marido experimentara en él una irregular tibieza y frialdad, y aunque muchas y distintas veces interpoladamente en el espacio de más de un año que había estaban casados habían intentado consumir el matrimonio haciendo todos los esfuerzos posibles para conseguirlo, usando mutuamente de las demostraciones más cariñosas posibles, en la mejor postura y ayudándose con varios modos y artificios, jamás habían surtido otro efecto que el seminar su marido sin tocar al vaso ni aun llegar a la aproximación de partes.

Ante tal drama marital, en 1764 le fueron recetados al marido *caldos de víbora, purga y baños*, y hubo de padecer una nueva inspección por otros médicos: uno de ellos, don Simón Lorenzo, dice que

le halló al parecer medianamente conformado de todas las partes que componen el instrumento de la generación, sólo que los músculos del pene eran algo

cortos y el bálano o glande muy pequeño, cubierto del prepucio sumamente flojo, muy rugoso y de color amoratado; y por si tomaba mayor extensión y longitud le bañó y frotó con agua tépeda, y con ella conoció y advirtió habersele ensanchado [...], aunque la glande no tomó magnitud especial por entonces, ni se pudo descubrir por más diligencias que hizo, retirando cuanto pudo el prepucio [...]. Preguntóle si tenía erecciones y dijo que sí, y muchas, y que derramaba algunas veces el semen; y para averiguarlo le hizo [...] quedar consigo a comer y dormir la siesta y noche, como lo hizo en dicho día y siguiente, y le previno avisarle de ellas prontamente.

En 1765 nuevamente se procedió a recetar al paciente

los remedios conducentes [...] a confortar y vigorar las partes laxas para que adquieran el tono natural que le es debido y purificar la sangre [...], para lo que [...] por la mañana tomará inmediatamente una taza de caldo de víboras que va recetado al número tercero, y por la tarde en lugar del caldo un vaso de la tintura de saxífragas que va recetado al número cuarto, advirtiendo que por la mañana se detendrá en cama como cosa de dos horas después de haber tomado dicha medicina; y por la tarde, si el tiempo lo permite, hará un poco de ejercicio a caballo o a pie. Al mismo tiempo se aplicará exteriormente para el mismo fin a la región del pubis y perineo principalmente por parte de noche un fomento que se compondrá con unas hojas de salvia, romero, menta, espliego, rosas rubias, cortezas de granada y una nuez moscada partida en pedacitos, y todo junto se cocerá en vino tinto, con cuyo cocimiento fomentarán las partes referidas [...] con lo que –y la buena dieta– espero se conseguirá el fin que se desea.

Protestó el adobado don José, a quien no le parecían necesarios aquellos remedios, diciendo que

no le ha sido ni es componible ponerlos en ejecución con la brevedad que apetece y ansía para salir de una vez de tanto ahogo dimanado de la escasez de las víboras que son tan excepcionales para los caldos recetados y sin las que nada puede adelantarse aunque no faltan los demás simples y adherentes en cualquiera de las boticas del Reino; pues aunque en solicitud de aquellas se han practicado las más eficaces diligencias tanto en las de esta ciudad cuanto en las de más fama del Reino y aún en las de Madrid, no ha sido factible hallarlas dimanado del retraso de la primavera, falta de calores que se experimenta, y que con los excesivos hielos que en estos Reinos y aun en toda Europa se han padecido en el invierno que despidió, es natural pereziesen las más, pues no es género que los boticarios mantengan, como otros, todo el año en sus boticas.

Así, con la excusa climática y el dictamen de un médico de Lugo, quien dijo *no ser fácil encontrar en este tiempo las víboras que se necesitan hasta que llegue el mes de abril o mayo, que entonces se encontrarán con más facilidad*, pudo posponer el tratamiento.



Galería del abandonado pazo de Bergazos (Lalín).

Pero llegado mayo de 1766 don José Martín, boticario del Colegio de la Compañía de Jesús de Santiago, certificó que en esa botica

se hallan al tiempo presentes todos los géneros así simples como compuestos que se siguen: zarzaparrilla, raíces de pimpinela, grama y polipodio, quercino, agrimonia, melisa y nasturcio acuático, pasas, sen, ruibarbo, anís y cremor de tártaro y extracto de quina, sucino [...], cardamomo, satiriones para su esencia y triaca, aunque faltan los estinios marinos pueden venir a vuelta de correo de Madrid; ytem raíz de China, saxífragas, cuerno de ciervo, sándalos, rubros, bayas de junípero, flor de romero y canela, pichones y víboras vivas,[...] y coste de todo que será arreglado.

Las conservaba vivas en un cajón de madera: el arriba mentado *viborero*.

Consta que el paciente lo fue: siguió las prescripciones facultativas. Pero en 1771 no se habían obtenido los resultados deseados. Y en julio de ese año se diputó al doctor don Fernando Oxea (titular que lo era de la ciudad de Betanzos y de su hospital) al pazo de Golmar para reconocer nuevamente al enfermo

y se halló al don José Jacinto sentado a orillas de la cama, vestido con cabriolé, chupa, calzones y polainas, metida la mano derecha en el pecho por la parte interior de la chupa, sentada la pierna y pie izquierdo en el suelo y el derecho no, sí en el aire; luego su merced sacó su caja y dio tabaco al don José Jacinto, quien alargando un poco la mano izquierda, sin embargo de manifestarse muy trémula y cuasi inútil, la entró en dicha caja a efecto de tomar, como tomó, con bastante trabajo, un polvo.

Concluyó el médico que su estado era

mucho más deplorable del que resultaba por los autos [...] y habiéndole examinado a fondo acerca de sus males, que a la vista solamente se presentaban por descontado bastantes y graves, respondió padecía gota había más de quince años [...], pulso débil, parvo, confuso y acelerado; color ceniciento y plúmbeo, cuerpo obeso, pero las carnes fofas [...], párpados algo hinchados, lengua sordida o cubierta de una película limosa [...], entrambas manos baldadas enteramente en la muñeca y torcidas hacia adentro, los dedos nudosos y con poco movimiento, reluciente la cutis y edematosa; las rodillas también tumefactas, edematosas [...] y sin movimiento [...]; imposibilitado a andar [...]. Tenía el miembro viril flacidísimo, rugoso y descolorido, tan unido naturalmente al prepucio por su extremidad que sólo se percibía con mucho trabajo un agujero tortuoso tan estrecho que no podía caber por él sin violentarlo el más pequeño grano de mostaza, goteando por él continuamente agua blanquecina y pútrida que representaba la clara de huevo derecha y corrompida [...] y comprimiendo el bálano, glande o cabeza del pudendo (que todo es uno) se aumentaba el goteo [...]: prueba sin duda de que era perpetuo y se depositaba ente el prepucio y la glande [...]. Se desnudó y echado en cama se puso en acción de la cópula carnal estribando sobre los codos y moviendo [...] nalgas y muslos: mas este movimiento era perpendicular hacia abajo y gravativo y a plomo y no [...] inclinado al lugar del útero: prueba clara de faltarles el movimiento propio a los músculos sacro semi-espinato triangular y otros que sirven en el coito [...]. Razones tan sólidas, fuertes y convincentes con que los ocho médicos que concurrieron a esta tragedia prueban eficazmente que el sobredicho es desde su nacimiento caquético e impotente ad coitum.

El matrimonio fue declarado nulo y don José condenado al pago de las costas procesales.

Esperamos que estas *notas etnoherpetológicas* relacionadas con la evolución del conocimiento supersticioso (y que son manifestación de la existencia de un rico patrimonio zooterapéutico relacionado con los reptiles) hayan resultado, cuando menos, curiosas. El número de casos y remedios se incrementará a poco que hagamos una prospección archivística más detenida, que nos llevará al aún poco labrado campo de la etnozooloía histórica. No es tema irrelevante,

máxime si tenemos en cuenta la presencia, aún en pleno siglo XXI, de reptiles y anfibios en la medicina, así popular como científica. Porque el que un tratamiento tenga carácter mágico-religioso no excluye el que alguno de los elementos del proceso curativo no pueda ser validado por estudios modernos ni desestimado por la farmacología actual: he ahí los tratamientos anticancerígenos o hipotensores a base de venenos de serpientes.

El impacto de este tipo de medicina popular en la conservación de anfibios y reptiles tampoco es despreciable: en el oscense valle de la Fueva todavía hoy se preparan caldo, carne y grasa de culebra para solventar problemas cutáneos o respiratorios; e incluso para las embarazadas. Algo común en muchísimas zonas de nuestra geografía, de Almería a Galicia, en la que la terapéutica con camisas de culebras sigue empleándose contra afecciones respiratorias, sus maceraciones contra cervicalgias, dismenorreas, partos...

Sería interesante incluir tales usos medicinales en programas educativos; máxime en un momento como el actual, en el que tenemos la mayor posibilidad de acceso de la historia a la formación y a la cultura y nos enfrentamos también a lo que puede ser el primer evento global ligado a nuestra propia extinción. Quien sabe si aquello que ahora nos parece un absurdo, pueda serlo porque lo analicemos fuera de su contexto histórico y cultural... o porque no exista realmente cura para la estupidez humana.

Bibliografía

- ANDRAL, GABRIEL [et al.] *Diccionario de Medicina y de Cirugía Prácticas*. Tomo VII. Imprenta del Colegio de Sordo-mudos. Madrid: 1844.
- ANÓNIMO, *Leyes de Manu. Instituciones religiosas y civiles de la India*. Editorial Bergua. Madrid: 1936.
- APIANO, *Historia Romana*. Biblioteca clásica Gredos, 34. Editorial Gredos. Madrid: 1980.
- BALLESTEROS PASTOR, LUIS, *Mitridates Eupátor, rey del Ponto*. Universidad de Granada: 1996.
- COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIÁN de, *Tesoro de la lengua castellana, o española*. Luis Sánchez (imp.). Madrid: 1611.
- ESTEVA DE SAGRERA, JOÁN, *Historia de la Farmacia. Los medicamentos, la riqueza y el bienestar*. Masson S. A. (imp.). Barcelona: 2005.

- FABRE, ANTOINE FRANÇOIS HIPPOLYTE, (Dir.), *Diccionario de los Diccionarios de Medicina publicados en Europa o Tratado completo de Medicina y Cirugia practicas*. Tomo X. Narciso Sanchiz (imp.). Madrid: 1846.
- GALENO, CLAUDIO, *De Theriaca en Pisonem*. E. Coturri (ed.). Florencia:1959.
- GONZÁLEZ CRUSSI, FRANCISCO, *Remedios de antaño: Episodios de historia de la medicina*. Fondo de Cultura Económica. México: 2014.
- GUILLÉN, DOMINGO, *Triaca Magna de los antiguos aprobada de los modernos*. Pasqual Bueno (imp.). Zaragoza: 1724.
- NOVELLAS ROIG, ANTONIO, *La Triaca de Andrómaco. Monografía histórica y farmacológica*. Colegio Oficial de Farmacéuticos de la Provincia de Barcelona. Barcelona: 1944.
- PANICELLI, CARLO, *Trattato de gl'effetti maravigliosi delle carni di vipere, per conservare il corpo sano, e sicuro da veleni, prolongar la gioventù, ritardar la vecchiezza, liberare da molti mali incurabili, con altri mirabili effetti*. Simone Ciotti (imp.). Florencia: 1630.
- Pharmacopoeia matritensis*. 2ª ed. Antonio Pérez de Soto (imp.). Madrid: 1762.
- PUERTO SARMIENTO, F. JAVIER, *La Triaca Magna*. Realigraf S. A. (imp.). Madrid: 2009.
- REDI, FRANCESCO, *Osservazione intorno alle vipere. All' insegna della Stella* (imp.). Florencia: 1664.
- WATSON, GILBERT, *Theriac and Mithridatum: A Study in Therapeutics*. The Wellcome Historical Medical Library. London: 1966.